

El secreto de
la habitación número 3

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título: *The Secret of Annexe 3*

En cubierta: © Dorota Szymczyk / iStock

© Colin Dexter, 1986

Publicado originalmente en inglés por Macmillan, un sello de Pan Macmillan, una división de Macmillan Publishers International Limited

© De la traducción, Pablo González-Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Por acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-13-4

Depósito legal: M-3.514-2026

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Colin Dexter

EL SECRETO DE
LA HABITACIÓN NÚMERO 3

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para Elizabeth, Anna y Eve

Noviembre

«La pompa de los funerales debe más a la vanidad de los vivos que a rendir honores a los muertos».

LA ROCHEFOUCAULD, *Máximas*

Cuando murió el viejo, probablemente no se alegraron mucho en el cielo y desde luego hubo poca o ninguna auténtica tristeza en Charlbury Drive, la agradable y pretenciosa calle sin salida con casas adosadas a la que se había mudado después de jubilarse. No obstante, algunos de sus vecinos, en especial las mujeres, habían llegado a trabar una especie de distante familiaridad con él a fuerza de pasar a diario con sus carricoches y carritos de la compra ante su césped delantero, cuidadosamente mantenido, y dos de esas mujeres habían decidido asistir a las exequias al enterarse de que se celebraban el sábado. Una de ellas era Margaret Bowman.

—¿Qué tal estoy? —preguntó.

—¡Bien!

Él no había levantado la vista de la página de las carreras de caballos del periódico, pero sabía que su esposa siempre sería de las favoritas en esa clase de competición: una mujer alta y elegante a la que la ropa le sentaba invariablemente bien, ya asistiera a bailes, bodas, cenas... o incluso funerales.

—¿Y bien? ¡Mírame! ¿Sí? —insistió ella.

De modo que él levantó la vista y asintió ligeramente mientras revisaba el conjunto negro. Sin duda tenía buen aspecto. ¿Qué más debía decir?

—Estás bien —declaró.

Con una alegría completamente inapropiada, Margaret giró sobre las punteras de los flamantes zapatos de piel negros recién comprados, muy consciente, al igual que él, de que tenía un aspecto bastante atractivo. Sus caderas se habían ensanchado alarmantemente desde el decepcionante día en que, siendo una grácil muchacha de veinte años (uno antes de casarse con Tom Bowman), la compañía aérea rechazó su solicitud para convertirse en azafata de vuelo; y ahora, dieciséis años después, tenía la certeza de que ni siquiera le resultaría fácil caminar por el pasillo central de un Boeing 737. Sin embargo, sus pantorrillas y sus tobillos seguían siendo casi tan esbeltos como el día en que se deslizó en camisón bajo las rígidas sábanas de un hotel en Torquay durante su luna de miel; y solo sus pies, con una hilera de nódulos blanquecinos sobre las falanges intermedias de sus dedos algo feos, presagiaban en la actualidad la inminente llegada de la madurez. Bueno, no. Siendo sincera consigo misma, no era solo eso. Tampoco podía olvidar su visita hebdomadaria a esa prohibitiva clínica de Oxford... Pero ahuyentó enseguida esa idea de su cabeza (*hebdomadaria* era una palabra de la que había llegado a enorgullecerse bastante y que se topaba a menudo durante su trabajo en el Comité Examinador Universitario de Oxford).

—¿De veras? —insistió ella.

Él volvió a mirarla, más atentamente esta vez.

—Piensas cambiarte los zapatos, ¿verdad?

—¿Qué?

Una vulnerable e irresistible expresión apareció de repente en los ojos de color avellana de la mujer, de iris bellamente moteado, y se llevó la mano izquierda a la nuca de manera involuntaria para comprobar su melena recién peinada y teñida de rubio, mientras los dedos de la derecha empezaban a pellizcar sin éxito en busca de alguna mota inexistente que pudiera echar a perder la inmaculada y muy cara negrura de su vestido.

—¿No has visto que llueve a cántaros? —preguntó él.

El agua rodaba por el cristal, y un par de ráfagas de viento sacudieron la ventana enfatizando sus palabras.

Ella bajó la mirada hacia los zapatos de piel negros comprados especialmente para la ocasión, tan bonitos, cómodos y elegantes, pero antes de que pudiera decir nada, él continuó, reforzando su argumento.

—¿No dijiste que iban a inhumar a ese pobre cabrón?

Durante unos instantes su cerebro no registró debidamente la palabra *inhumar*, que sonó como uno de esos vocablos desconocidos y poco frecuentes que hay que buscar en el diccionario. Pero entonces se acordó: significaba que no iban a incinerar el cadáver, sino que excavarían un profundo agujero vertical en la tierra anaranjada y bajarían el ataúd sujeto con cuerdas. Había visto el procedimiento en la televisión y en el cine y, por lo general, también llovía.

Ahora miró por la ventana, decepcionada y con el ceño fruncido.

—Solo digo que te vas a empapar los pies —dijo él.

Acto seguido buscó las páginas centrales del tabloide y empezó a leer sobre la extraordinaria pericia sexual de un famoso jugador de billar mundialmente conocido.

Durante un par de minutos, más o menos, quizá los acontecimientos habrían podido seguir su curso normal y anodino en casa de los Bowman. Pero no fue así.

Lo último que quería Margaret era echar a perder los preciosos zapatos recién comprados. De acuerdo, los había adquirido para el funeral, pero era ridículo malgastar más de cincuenta libras. Ya era una tontería empeñarse en llevarlos para chapotear por un cementerio embarrado, pero incluso salir con ellos con ese diluvio sería una estupidez. Volvió a contemplar los carísimos zapatos y luego miró el reloj de la repisa de la chimenea. No tenía mucho tiempo, y aun así decidió cambiárselos. Casi todo combinaba razonablemente bien con el negro, y ese par de zapatos grises de suela acolchada parecían una elección sensata. Pero si iba a ir toda de negro a

excepción de los zapatos, ¿no resultaría más adecuado y elegante cambiar también de bolso? ¡Sí! Tenía un bolso gris que combinaba casi a la perfección.

Subió de prisa las escaleras.

Y también de manera funesta.

Apenas habría pasado un minuto desde que Margaret Bowman tomara esta decisión (una decisión a la que nadie daría demasiada importancia *a priori*) cuando su marido dejó el periódico en la mesa y se levantó para responder a los insistentes y firmes timbrazos de la puerta principal. Abrió y sonrió con amabilidad a la joven sobriamente vestida que esperaba en el porche protegiéndose del chaparrón con un llamativo paraguas de golf multicolor y calzada con unas botas de goma amarillo chillón que le recordaron la retransmisión en Technicolor del primer alunizaje tripulado. Era evidente que algunas mujeres del barrio vivían mucho menos preocupadas por la moda que su mujer.

— Ya está casi lista — dijo —. Se está poniendo las zapatillas de *ballet* para la visita guiada por los campos arados.

— Siento haber llegado un poco tarde.

— ¿Quieres entrar?

— Mejor no. Ya vamos algo justas de tiempo. ¡Hola, Margaret!

Los pies glamurosamente calzados que minutos antes habían subido a toda prisa las escaleras bajaban ahora enfundados de manera más sobria en un par de zapatos grises para caminar de suela gruesa. Una mano enguantada, también de gris, metió con premura un pañuelo blanco en el bolso del mismo color, y al fin Margaret Bowman estuvo lista para el funeral.